EL ESPÍA QUE HAY DENTRO DE MI

Joaquin GeDe

Capítulo 1

EL ESPÍA QUE HAY DENTRO DE MÍ

Antes, cuando el televisor se sintonizaba a base de golpecitos, me gustaba trasnochar hasta que apareciese la pantalla de nieve. Era maravilloso ver el baile de puntitos grises y blancos como si fueran partículas cósmicas fluyendo en un caos por el reducido espacio rectangular. Me hipnotizaba. Observaba con tanta atención que evitaba el parpadeo, confieso que hasta babeaba y, en algún momento inesperado, aparecían impresiones de figuras desfilando. A veces veía un oso panda. Llegué a ver hasta un colibrí, luego desaparecían.

Ahora no aguanto; me levanto vencido por los anuncios y el whisky con cacahuetes. Desconecto el televisor y al quedar el salón a oscuras observo en la pantalla como una impronta de un ojo. Un enorme ojo que me mira. Por su brevedad pensé que era una de esas alucinaciones mías, pero por su consistencia aseguraría que estaba siendo observado. Encendí de nuevo la luz de la sala y volví a apagar; esa especie de estímulo subliminal, por llamarlo de alguna manera, había desaparecido. Me quedé con la mosca detrás de la oreja.

Todo esto viene a que yo estaba viendo el programa de la periodista Ana Pastor, en el que entrevistaba al famoso espía Edward Snowden. Las declaraciones de este personaje, que se encuentra refugiado por difundir documentos secretos de un gobierno que espía a otros gobiernos que espían, llegó a unos niveles de paranoia que dejé de comer cacahuetes. "¿Realmente pueden saber tanto de la vida privada de cualquier persona?…", pensé.

Saqué este tema de conversación en la cafetería hablando con Michael, encargado de reprografía, y me dijo: Tanta seguridad ha desajustado nuestro modo de vida. Todos recelamos de todos.

Y ahora que lo pienso, tiene más razón que un santo. Tanta norma han creado, que nos convierten en delincuentes o sospechosos de delito. Todo el mundo está bajo sospecha. Desde entonces, estoy muy susceptible. Pero la culpa es nuestra, vamos dejando información personal a diestro y siniestro. Por ejemplo, mi farmacéutico sabe que padezco de jaquecas; si un día quisiera joderme la marrana, con decirme que no le quedan pastillas… La dependienta de la tienda de confecciones conoce cuál es mi talla de camisetas y calzoncillos, cosa que solo debe saberlo una madre, o tu esposa. Y el individuo que está siempre junto a los contenedores de

basura; ese sabe que cada día tiro una botella de whisky en el reciclado de vidrios. Y como se ponga a rebuscar en mi bolsa, seguro que encuentra más cosas sobre mi vida privada. Desde hace poco las revistas porno las rajo a trozos, los extractos del banco también; qué le importa a la gente si dejo en números rojos la cuenta. O que saquen la carta de la compañía de la luz: que me cortan dentro de un mes si no satisfago la deuda de un retraso. Qué le importará a la gente.

Ya no pongo nada en el Facebook. Si pongo fotos que estoy de viaje, se lo pongo a huevo a los ladrones para campar por casa; si pongo fotos de los platos que como y lo que bebo, el médico ya tiene la excusa para mandarme al carajo. Para mi asombro, descubrí en internet que cuando buscaba una pieza rota para el calentador de agua en otro sitio que no tenía nada que ver, que era de maquetas de aeromodelismo, aparecían los calentadores de agua que antes miraba. Pensé: "Están escaneando nuestras tendencias de compras, nuestros gustos".

Como medida de seguridad, ahora todas las compras las hago por correo, solo me fío de los carteros. El smartphone lo he cambiado por uno de teclado. En la fachada de casa, he instalado un sistema de circuito tv para controlar quién merodea por los alrededores; en el interior, un inhibidor de localización. Y me he comprado en el rastro un televisor de los de antes, de los que hacen nieve cuando se corta la emisión. El otro, el smart tv, lo destrocé de un disparo con la recortada la semana pasada, cuando apareció de nuevo ese ojo.